

el marco de la Universidad de Sevilla— el viejo tema de la descentralización teatral. Tema tenido un día por urgente, ligado después a una serie de demandas políticas de carácter general, bastante desatendido hoy dentro de la desatención que, en la práctica y por una serie de razones —a las que no es ajeno el presupuesto— sufre la ordenación de la cultura y, por tanto, del teatro.

Acaso la creación del Nacional, con sede en el Lope de Vega, sea una de las notas más positivas que, al servicio de la descentralización, se han dado en Sevilla. Los grupos independientes más firmes de la ciudad —Esperpento, Mediodía y La Cuadra—, alguna compañía llegada de Madrid, como fue el caso del montaje de "Las manos sucias", de Sartre, y diversos espectáculos, teatralmente menos definidos, encontraron en el Lope de Vega no sólo cobijo, sino un trato económico muy superior al que dispensan los locales comerciales. Frente al terrorífico 50 por 100, el Nacional sevillano ofreció a las compañías una razonable cifra diaria más la participación en la taquilla una vez superada determinada cantidad.

Con ser esto mucho en teoría,

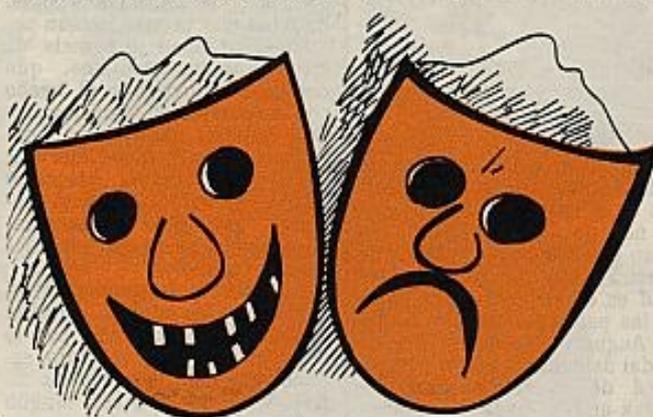
resulta poco en la práctica, por una razón: porque se trata de un instrumento aislado, de un cobijo ocasional, que no incide activamente en el desarrollo de una actividad teatral. El Lope de Vega sevillano sería algo así como el teatro de un empresario generoso, dispuesto a abrir sus puertas a ciertos espectáculos, cuya dignidad no aseguraba antes la obtención de un escenario sevillano. Pero poco más. En "función" del Lope de Vega no habría nacido ningún tipo de trabajo ni una modificación del público: Esperpento, Mediodía y La Cuadra, por citar

las manifestaciones más sólidas e incansables del teatro sevillano, defenderían sus montajes de "El amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín", de Lorca, un espectáculo de "cabaret político" —que Mediodía califica de "teatro por entregas", y que, en realidad, son dos, porque el primero, "El bello Adolfo", continúa en otro, que se representa otro día— y "Herramientas", respectivamente, con los problemas de siempre, sin que el Nacional, pese a la relativa moderación del precio de sus localidades, hubiera roto, por su parte, la composición tradicional

del público. En su conjunto, el teatro sevillano ofrecería hoy una imagen desencantada, quizá simplemente porque muchos de los que lucharon en él durante años y años sienten, contra la previsión tanto tiempo acariciada, que su función sigue importando a los poderes públicos —y a buena parte de los partidos de izquierda— tan poco como en los más duros años del franquismo. Acaso si hubiera que buscarle algún rasgo positivo a ese desencanto habría que señalar cuanto hay en él de realismo, de asunción de la condición de hombres de teatro en una sociedad hostil, sin creer ya en ningún redentorismo. Parece —y en esto las reglas del juego que puso la derecha siguen en pie que la cultura no tiene nada que ver con el poder, y que es este último el que se debate, como si aquella no fuera decisiva para entender en profundidad de qué concepción del poder se trata, y cómo se implican responsablemente en él los ciudadanos.

Un tema de cierto interés cultural en la vida sevillana es el destino que se dé en el futuro a los mataderos municipales. Desde hace años, sólo se utiliza una pequeña parte, habiendo permanecido en el abandono una serie de naves, que habrían podido albergar numerosas manifestaciones culturales y cívicas de Sevilla. Ahora, construido un nuevo matadero, el antiguo —hecho de pabellones diáfanos e independientes— va a ser desalojado en su totalidad. ¿Qué se hará en él? ¿Se derribará por completo para construir sobre sus solares nuevos servicios? ¿Se venderá a los particulares, como ha sucedido en otros lugares con tantos bienes municipales? ¿Habrá una respuesta ciudadana que ayude al mejor empleo público de esos solares o naves? ¿Se podrían conservar y reformar algunas de esas naves para construir, al modo de la Cartoucherie de París, un centro cultural? ¿Se pronunciarán en ese sentido los candidatos de las próximas elecciones municipales? ¿O les parecerá que eso es una banalidad, poco rentable políticamente?

Hablábamos antes del desencanto de las "gentes del teatro sevillano". Ninguna subvención, por sí sola, la remediará. Ninguna descentralización vendrá de una reordenación simplemente administrativa. O el proceso político consigue generar un concepto solidario y activo de la cultura, o política y cultura vivirán en la misma miseria, digan lo que digan y hagan lo que hagan nuestros economistas. ■ J. M..



## Lluís Llach: casi un "monstruo"

Agotadas las localidades con numerosa antelación para los tres recitales —los primeros que celebraba Lluís Llach en Madrid, tras ocho años de ausencia en esta capital—, el éxito del cantante catalán estaba más que asegurado de antemano. Ha sido un gran acontecimiento, que ha desbordado lo meramente artístico, para venir a convertirse (como en otros tiempos, aún no muy lejanos) en verdaderos actos de autoidentificación nacional, personal y de clase, históricamente colectiva. Fueron numerosas las personalidades congregadas en torno a la figura de Llach, pero, ante todo, fue una multitud anónima y concienciada la que le acompañó solidariamente.

Pero de Llach hay que decir, ante todo, que nunca pierde los estribos de la emocional situación creada, ni que se deja arrastrar por los caballos desbocados de la canción panfleto. Antes bien, sus temas ahondan fundamentalmente en lo poético y en lo musical, y es entre estas coordenadas donde se mueve, investigándolas y reelaborándolas constantemente. Es decir, es el suyo un canto no político en primera instancia, aunque —desde luego— asume e interioriza un contexto social, cultural y comprometido con la coyuntura.

Hubo un repaso por casi toda la trayectoria musical del autor en estos recitales: una obra que ya se remonta diez años atrás, y en la que se ha apreciado una indudable ascensión, una auténtica madurez artística e interpretativa.

Desde "La estaca" —coreada masivamente, manos al aire— y "La gallineta" hasta "Campanades a morts" —un auténtico y deslumbrante "tour de force"— y su muy reciente "Mi amigo el mar". Pasando por "I si canto trist", "Itaca" (en alguna de sus secuencias) o una muy reciente composición, titulada "No es esto, compañeros", referida a la cierta desilusión que en muchas gentes ha producido el devenir de los sucesos "democráticos" en este país. Muy seguro sobre el piano, con enormes facultades vocales y declamatorias, acompañado por un notable trío de instrumentistas, dedicando su trabajo a Els Joglars, luchando en todo momento por una no conseguida "libertad de expresión", Llach demostró ser un artista pleno, seguro de sí mismo, casi un "monstruo". ■ ALVARO FEITO.

